

WARHAMMER 40,000

EL TAU'VA

ANDY SMILLIE

EL TAU'VA

'The Tau'va' por Andy Smillie

Traducción **RABUSA**



Corrección y montaje ICEMAN TS 2.0

ATENCIÓN: TRADUCCIÓN Y EDICIÓN SÓLO PARA *PERSONAL AUTORIZADO*.



Servicio de Publicaciones de los ***Sagrados Ordos de su Divina Majestad*.**



-Un guerrero sin enemigos, no puede ganar ninguna victoria. ¿Aceptas ese hecho como verdadero, 'guerrero de fuego' (fire warrior del original, infantería tau, nt)?

-**Sí, Aun**- respondo con un asentimiento. Manteniendo mis ojos bajos, sigo el rastro de la túnica del etéreo mientras camina a mí alrededor. **(Los Etéreos, 'Aun' en lenguaje T'au, son la Casta T'au que gobierna el Imperio T'au. Encargados de coordinar y controlar a las otras cuatro Castas T'au: Fuego, Aire, Tierra y Agua, nt.)**

-Un guerrero de fuego es un instrumento del Bien Mayor. No tiene enemigos, sino aquellos que se opondrían a él.

-Una segunda verdad, Aun.

El etéreo se detiene y me mira.

-Sin embargo, tú, Kal'va, buscaste enemigos propios. Actuaste para quitar la vida a quienes la quisieron tomar de ti.

-Con honor, maté a aquellos que estaban en contra del Bien Mayor- protesto.

-Has matado por venganza- dice el etéreo. -**Tú, un valioso instrumento del Bien Mayor, que casi se perdió por una causa egoísta.**

Me tensé entonces, esperando el frío golpe de la hoja de honor del conjunto. No es menos de lo que merezco.

-**Aún así**- dice. -**No hay vergüenza en tal acto mientras se alinea con las necesidades del todo.**

Hace una pausa, como si lo estuviera considerando.

-¿Pero ahora qué, guerrero de fuego? Tus enemigos están muertos, y tus victorias quedan tras de ti.

Me dispongo a hablar, pero me falta la voz.

-**Como siempre fue verdad, desde el principio, el Bien Mayor será tu salvación**- continúa el etéreo. -**Tienes muchos enemigos, Kal'va. Te haré luchar por eso. A través de sus triunfos, aún puedes encontrar el honor y la victoria. Ni siquiera la muerte puede derrotarte, mientras el Bien mayor prevalezca.**

-El Bien Mayor enciende todos los fuegos- digo. -**Sólo con fuego se puede templar una espada, las hojas más afiladas son para ganar la batalla**- aprieto mis palmas juntas y toco con ellas mi cabeza con respeto. -**¿A qué enemigo me enfrentarías, Aun?**

-Al tiempo, Kal'va. Debes ayudarnos a derrotar al tiempo.



Me dejo caer, descendiendo del Kass'Kor hacía la victoria y la muerte.

Por encima de mí la nave de descenso, modelo ‘Orca’, se aleja de mi vista mientras sus propulsores la devuelven a la estratosfera. Por debajo veo nubes cenicientas, espesas por los restos de la guerra, se apresuran a envolverme.

-Verificad operatividad de las armas.

La voz de Shas'ei suena en mi corriente de comunicación. Hay una ardiente inquietud en su tono. Una crudeza de la que estoy seguro ser yo la fuente. Escucho mientras Vas'la confirma su estado.

Armas listas para disparar.

A diferencia de él, soy nuevo en el equipo, y no me hallo vinculado al honor de Shas'ei. Permaneceré vinculado a Or'shara y Sas'la hasta que me reúna con ellos en la muerte. No es menos de lo que merecen y de lo que la verdadera ‘Ta'lissera Va’ exige.

-**Mi vida es tu vida, y tu vida es mi vida**- digo.

Dejo que las palabras de vínculo me concentren mientras flexiono mi brazo derecho. Mi traje responde a velocidad de disparo, haciendo girar las ánimas de mi cañón automático, montado como un brazal vengativo. Una corriente de íconos fluye a través de mi pantalla, informándome de la munición y temperatura.

El blaster de fusión soldado a mi otro brazo zumba a plena carga mientras cierro ese puño.

Es una extraña y remota sensación pilotar una armadura de batalla Crisis. Empuñar armas que pueden reducir la roca a mera arena y, sin embargo, ser incapaz de sentir el frío de su aleación o las cálidas vibraciones de sus células de energía.

Otro icono parpadea en mi pantalla, indicando que mi lanzallamas está lleno de combustible y en funcionamiento. No puedo sentir su peso. Encaramado en mi hombro, la armadura soporta su carga. Es entonces cuando me doy cuenta de lo que es ser Shas'ui. Haber sobrevivido como yo lo he hecho, haber matado como lo he hecho. Es ser insensible al calor del fuego que arde en tu pecho.

Es en ese momento que extraño el peso de mi rifle.

Desactivo el estabilizador interno de mi traje, preparándome mentalmente contra la difícil tarea **("steel myself" en el original)** de orientarme mientras me precipito. Cerrando mis ojos, me baño en una bienvenida inyección de adrenalina. Soy como un meteoro en llamas lloviendo sobre los enemigos del imperio **(se refiere al imperio Tau, obviamente, nt)**.

-Kal'va, confirma preparación.

La voz de Shas'ei me devuelve al momento. Reactivo el estabilizador de mi traje.

-**Preparado**.



Liberado del abrazo de la nube, capto mi primer vistazo del terreno. Nuestro

centro de investigación es una mancha gris que estropea el verde paisaje. Alrededor de su perímetro, un amplio telón de tierra abierta está atestado de cuerpos y chamuscadas cáscaras de vehículos.

Destellos nacidos de los disparos de rifles de pulso surgen tras los muros del recinto.

-**Deberíamos cuidarnos de no oscurecer los arcos de visión de los defensores-** una serie de lugares de despliegue alternativos se desplazan sobre mi pantalla al tiempo que Vas'la habla.

-**La guarnición de guerreros de fuego estará muerta antes de que impactemos**- dice Shas'ei. -**Mantén el descenso.**

Miro de nuevo los muros del complejo, viendo menos centellas ésta vez. Shas'ei tenía razón. La horda de monstruos verdes pululando hacia el complejo es interminable. A los guerreros de fuego les quedan apenas unos momentos. Mi pantalla se actualiza al tiempo que Shas'ei señala al transbordador que desciende a nuestro paso.

-**La casta de la tierra necesita cinco rai'kor para evacuar el prototipo**- dice. -**En nombre de los Aun, les concederemos eso. (Un Rai'kor es el equivalente al minuto Imperial, aunque se desconoce su duración exacta, nt.)**

Cinco rai'kor. Es una vida en combate, donde cada instante se gana con sangre. Miro nuevamente los muros del recinto mientras el rastro final de fuego de pulso se oscurece. Toda una vida. Una bendición de la cual tenemos poca y es preciosa.

Activo la mochila de vuelo de mi armadura y detengo mi caída. Enciendo mis aceleradores, pronunciando las palabras de Limpieza de Descenso mientras los íconos de objetivos pululan sobre mi pantalla táctica.

-Somos el fuego. Sólo la muerte extinguirá nuestra llama.

Al tiempo que golpeo el suelo, endurezco mi mandíbula contra la previsible e inevitable fuerza del impacto. Mi armadura sisea y hace un sonido como de claqueta en señal de protesta, los sistemas hidráulicos de las piernas se fruncen para absorber la conmoción y los pies con pinzas agrietan la piedra del patio debajo de mí.

-¡Por el Bien Mayor!- grito.

El enemigo está en todas partes, corpulentos, monstruos verdes con tendones tan gruesos como mis brazos, y ojos rojo sangre que se tensan en sus cuencas. El más cercano abre su boca, soltando un bestial grito de ira para anunciar mi muerte. Desnuda sus amarilleados incisivos amarillentos, apunta un oxidado machete y se precipita hacia mí.

Abro fuego. El orko muere, destrozado por las municiones de energía que giran desde mi cañón automático.

El resto de la horda entra en erupción entonces, sacudidos de su estupor a un brutal vigor por la muerte del orco. Vuelvo mi cañón hacia ellos. Se destrozan en irregulares pedazos, su carne revuelta y triturada.

La marea verde disminuye, pero no me ofrecen respiro alguno. Un par de gigantescos desdichados entran por la brecha, imponiéndose por encima de los hombros y cabezas de los demás. Un grueso chapado de metal cubre sus cuerpos, atornillado a su musculatura y sujeto a su piel en una desorganizada aproximación de una armadura.

Siento un destello de frustración cuando su improvisada placa de guerra desvía mi descarga. Los orkos sonríen con malicia, rompiendo a correr con pesados pasos. Fulgurantes energías crepitan sobre los apéndices-arma fijados a sus brazos mientras se aproximan a mí. Mantengo mi posición. Su confianza se halla fuera de lugar.

Es mi turno de sonreír mientras el par se desvanece, incinerado por estallidos duales de mi arma de fusión. La horda se detiene un momento, paralizada por el sibilante rastro dejado por mi arma mientras aún hierve la humedad del aire.

Divertidos por la muerte de sus parientes, los orkos estallan en una risa cruel al tiempo que cargan contra mí. Son una pared rodante de tendones y cuchillas, siento que las articulaciones reactivas de los pies impulsados por engranajes de mi armadura se ajustan cuando el suelo se estremece bajo su paso. Aún así permanezco libre del helado toque del miedo. Demasiado ansiosos por matar y tan apretados en su frenético clamor, ahora es cuando los orkos están en su punto más vulnerable.

Mi lanzallamas ruge mientras lleva hasta ellos una muerte agonizante, bañando a los orkos en una sábana de fuego líquido. Es una piedad que el entorno cerrado de mi traje me ahorre el hedor de su piel; se funden hasta ser gachas de carne mientras se desliza de sus huesos.

Incluso frente a tal horror, los orkos todavía vienen. Impulsados por una bestial testarudez, me atacan con un inquebrantable vigor.

-¡Ma va'ra!- escupo la maldición y camino hacia atrás, disparando con todo lo que tengo.

Los orkos se estrellan contra la pared de municiones, llamas y calor, rociándome con su sangre. Aún así vienen. Ellos mueren, mueren y mueren. Pero no hago mi trabajo bajo ninguna falsa ilusión. No estoy ganando Doy otro paso atrás y otro, perdiendo terreno con cada reverberante golpe de mi cañón. Mi contador de munición corre hasta cero, acelerando hacia abajo mucho más rápido que el contador de la misión.

Cuatro rai'kor. Todavía toda una vida.



Estoy solo, de nuevo otra vez. Shas'ei y Vas'la están muertos, sus iconos de identificación colgando oscuros en mi pantalla. Sin embargo, en lugar del frio toque de pesar o el ardiente deseo de venganza, sólo saboreo el empalagoso y ceniciento sabor de la frustración. Sus vidas fueron vendidas por casi nada de tiempo.

Tres. El número en el contador de mi misión desciende con un parpadeo. Me retiro hacia las puertas blindadas principales, empleando la mole de mi armadura para bloquear el camino de los orkos hacia el silo de investigación. Una bestia monstruosa se abre paso con los hombros a través de la horda y se abalanza sobre mí.

Abro fuego.

A pesar de la herida que sufre, el orko se lanza hacia adelante, chocando contra

mí. Me derrumbo, y aterriza encima de mí, con un retorcido gruñido arrugando su rostro. Las advertencias llenan mi pantalla mientras su tosca arma corta trozos de mi armadura como si la tallara. Esperando que mi termo-protección esté intacta, disparo.

La llama nos baña a los dos y el orko muere, goteando sobre mí en viscosos bultos.

Me levanto en un torrente de balas y devuelvo el fuego, guiando mi lanzallamas de un extremo a otro de la presa de pieles verdes. Tres más de ellos caen antes de que un pesado filo corte a través de mi arma. Me retuerzo, conduciendo mi desintegrador de fusión hasta la cabeza de mi atacante. Él muere.

Disparo de nuevo, matando a otro de los gigantes acorazados mientras avanza con pesadez. Fue mi última carga. No es que importe. Mis huesos tiemblan cuando otra fulminante descarga golpea contra mí. Mi armadura sisea y gime cuando las balas orkas la rompen, destrozando su núcleo de energía y dejándome caer sobre mi espalda.

Me atraviesan lanzas de dolor, reemplazadas en momentos por una entumecida humedad a medida que la sangre se derrama desde mi abdomen.

Lucho por mantenerme consciente mientras un orko me pisotea el pecho sujetándome bajo su bota. Hace atronar un puño en su pecho en señal de triunfo e invierte el agarre de su cuchillo. Echo un vistazo a la cuenta atrás de la misión mientras se prepara para zambullir el filo en mí.

Dos.

El número se retuerce en mis entrañas como la más cruel de las burlas. He fallado. Los orkos invadirán la base y saquearán la tecnología del imperio. Cierro los ojos y espero el dolor que marcará el final de mi prueba.

El familiar chasquido de fuego de pulso abre mis ojos. Miro hacia arriba para ver estremecerse el cuerpo del orko y caerse, plagado de agujeros. A mi izquierda, un solitario guerrero de fuego, al que le falta un brazo a la altura del codo, con su rifle equilibrado sobre un orko muerto, continúa disparando. Sus ojos arden con la furia que creía haber perdido hacía mucho tiempo. Doy un ligero golpe al protocolo de expulsión y mi armadura se abre.

Sacándome a mí mismo de mi arnés, me arrastro hacia el guerrero de fuego y me fijo en las brasas de sus ojos. Ignoro la muerte a mi espalda mientras me muevo, tirando de mí mismo a través del suelo palmo a agonizante palmo.

El contador en mi cinturón suena con una campanilla, y encuentro la fuerza para acelerar mi avance.

El guerrero de fuego está muerto cuando por fin lo alcanzo. Me apoyo en su cadáver y giro su rifle. A medida que la familiar sensación de su culata se instala en mi barbilla, me doy cuenta de que ya no estoy sólo.

Soy Kal'va, guerrero del Bien Mayor, y mataré con toda la furia de los que han venido antes que yo y los que vendrán después. Abro fuego. Un orko muere, su cabeza explota. Otro muere, y otro. Cambio la fuente de alimentación entre respiraciones y disparo de nuevo.

Momentos, ahora es todo lo que necesita la casta de la tierra. Busco otra fuente de alimentación bajo el cadáver del guerrero de fuego y...

Siento dolor, luego estoy en el aire, colgando sin fuerza de un filo orko. Me acerca a su rostro, sonriendo. Le devuelvo la sonrisa.

Sobre el retumbar de la risa del orco, más allá del clamor de la horda que me rodea, escucho el trueno de los motores de la lanzadera.

Victoria. En nombre del Bien Mayor, conozco la victoria una última vez.

FIN

